Moral sexual en la literatura española y francesa: el caso extremo de los religiosos

Numerosas novelas del siglo XIX y principios del XX plantean en España y Francia penosas historias entre clérigos y mujeres, que normalmente van a sufrir las consecuencias de una norma moral, la del celibato, todavía en vigor, que los conduce directamente a la desgracia personal. Más allá del morbo que despiertan dichas historias en el lector, existe en todas ellas una reflexión profunda sobre el enigma del amor, un análisis de sus componentes y una denuncia de la moral represora que el Cristianismo ha ejercido siempre sobre el cuerpo y sus apetitos.

No sólo se critica al clérigo que incumple sus votos, sino que se apunta directamente a la raíz del problema, al dualismo platónico y agustiniano que pretende separar sin mayores inconvenientes lo somático de lo inmaterial. Las consecuencias de tal escisión, según la literatura, serán catastróficas y crearán estados de ansiedad y trastornos mentales de todo tipo que no existían antes de la imposición a los religiosos de la ley del celibato.

La moral de la represión en materia sexual tuvo su inicio en las esferas puramente clericales y monásticas, como es bien sabido, pero sus derivaciones abarcarán ampliamente todos los estamentos de la sociedad civil. El concepto de pureza requerido a los religiosos será traspasado a la conducta íntima de los civiles, que se verán en la tesitura de tener que imitar en lo posible los postulados impuestos por la Iglesia.

Siendo como es el amor y el erotismo en general una experiencia compleja en la que observar es un acto objetivo que no va más allá de la superficie, sólo el tacto demuestra si el ser idolatrado responde a lo que se espera de él. En la experiencia amorosa no intervienen únicamente, como pretende la moral tradicional, los sentidos espirituales, las idealizaciones, sino también y de manera innegable los sentidos materiales. Un amor pura-

mente espiritual no permite la unión entre dos seres. Por el contrario, un amor natural, en el que predomine la pasión, llega a esa meta deseada. En el caso que nos ocupa, serán los religiosos quienes se debatan entre un sentimiento que pretenden puramente místico y la realidad de las pulsiones, que les indica que ese intento está llamado al fracaso.

El año 1139 significó una fecha clave en el alejamiento forzoso entre el clérigo y la mujer, ya que en esa fecha el segundo Concilio de Letrán impuso el celibato de manera definitiva. Pero ya desde mucho antes la polémica se venía arrastrando en el seno de la Iglesia. El clero secular, de manera progresiva, se vio sometido al modelo regular o monacal. Este enfoque, según Russell, «tiene además otras fuentes. Los sacerdotes y las sacerdotisas consagrados al servicio de una divinidad pueden considerarse como desposados con ella, y, por tanto, obligados a abstenerse de todo contacto sexual con los mortales. Adquieren, naturalmente, una consideración de excepcional santidad, y así se establece una asociación entre santidad y celibato».[1]

La animadversión hacia la mujer les fue inculcada a todos los religiosos, no sólo a los que pertenecían a órdenes monásticas. De ese modo, la Iglesia se aseguraba la absoluta fidelidad de sus miembros y la constante renovación de los mismos, ya que al alejarse de la vida real consideraban los novicios que el camino del ascetismo que iban a emprender era superior y excepcional. No obstante, «en muchos casos la prohibición del matrimonio de los sacerdotes sólo sirvió para que éstos tomasen concubinas. El ascetismo era un aspecto de la tradición monástica, pero no tanto de la sacerdotal»[2]. Otras veces se daba la llamada «solicitatio ad turpia»; es decir, la seducción de mujeres por parte de sus confesores. Desde el año 1216 se impuso la obligatoriedad de la confesión al menos una vez al año, y las íntimas confidencias del confesionario conllevaban en no pocas ocasiones una familiaridad que no estaba exenta de erotismo. Durante la etapa inquisitorial, existen casos documentados de clérigos cuya conducta irregular los condujo directamente al banquillo del Santo Oficio. Sucedía que las mujeres, angustiadas ante su falta, confesaban a otro sacerdote sus debilidades y éste último, como penitencia, les imponía una denuncia o declaración fehaciente[3].

---

1. Cf. B. Russell, *Matrimonio y Moral*, Madrid, Ed.Cátedra, 2001, p. 47.
2. Cf. J. Goody, *La evolución de la familia y del matrimonio en Europa*, Barcelona, Ed. Herder, 1986, p. 115.
3. Vid. J. Pérez Escohotado, *Sexo e Inquisición en España*, Madrid, Ed. Temas de Hoy, 1988, p. 34.

Pasando ya al terreno propiamente literario, numerosos serán los clérigos que, imbuidos por su formación, se sientan incapaces de ver en lo femenino algo más que una tentación o la posibilidad de satisfacer sus impulsos libidinosos. Tal será el caso del Padre Amaro de Eça de Queiros. Otras veces la pasión se demostrará más arraigada y más rica en matices, ahondará en la denuncia de la soledad del sacerdote que repentinamente se mostrará dispuesto a abandonar su pasado a cambio de una felicidad entrevista como auténtica plenitud y verdadero paraíso. Así sucede con el arcediano Frollo, en *Nuestra Señora de París*, de Víctor Hugo, aunque haya que advertir que este personaje presenta de manera confusa aspiraciones sensoriales y emocionales en un momento dado de su evolución.

El horror que en algunas ocasiones inspira el clérigo a la mujer impedirá que los sueños de fuga que traman algunos sacerdotes se materialicen. Ahora bien, cuando el deseo se consuma sin necesidad de previa escapatoria, esos seres abocados a una espiritualidad sin fisuras sentirán en su interior el remordimiento más atroz. Tal es el estado de conciencia del abad Mouret, de Zola, que se sentirá incapaz de asumir que una vez se dejó llevar por su pasión viril. Por el contrario, también tendremos el caso del sacerdote pusilánime que, en silencio, admira a la mujer, pero se muestra incapacitado para liberarla de un destino a todas luces hostil. A este tipo de personajes pertenece el cura de *Los pazos de Ulloa*, de Emilia Pardo Bazán.

Muchas de las páginas que a continuación citaremos expresan altas dosis de erotismo reprimido, una tensión elevada al máximo que Bataille ha sabido resumir del siguiente modo: «El debate del religioso proviene de su voluntad de conservar una vida espiritual que la caída destruiría mortalmente».[4]

La inevitable conmoción que muchas veces provoca la religión concuerda de algún modo con la sensibilidad femenina. Por ello no será difícil que la mujer se aproxime a lo sagrado y, de refilón, al mundo interior del clérigo. A veces incluso comprenderá con facilidad su angustia, captará en su mansedumbre una analogía con el destino que a ella le ha tocado vivir, anhelará compartir experiencias espirituales que la alejen de lo común y, de ese modo, de manera casi insensible, se adentrará en un universo atormentado en el que ella desempeña sin saberlo un papel poco gratificante, ya que simboliza sin excepción la más que posible falta, la encarnación del pecado. Cuando el clérigo se siente atraído, normalmente va a aferrarse a su escala

4. Vid. G. Bataille, *L´Érotisme*, París, Les Éditions de Minuit, 1957, p. 260.

de valores. Y cuando, en casos extremos, se declara definitivamente vencido, nunca deja de plantearse que ha sido la mujer la que ha provocado su derrota interior.

La pasión de Frollo por Esmeralda, retratada por Víctor Hugo en *Nuestra Señora de París* (1831) es lujuriosa, pero eso no impide que llegue a convertirse para él en un verdadero drama interior. Estaría dispuesto a renunciar a todo cuanto es, si pudiese conseguir que ella le correspondiera. Sus palabras no dejan lugar a dudas: «¡Despréciame, pégame, sé mala! ¡Haz lo que quieras conmigo! Pero, ¡ten piedad: ámame!»[5]

Este personaje ha sido juzgado muchas veces a la ligera y calificado de siniestro, pero presenta rasgos humanos que conmueven. Desde la soledad de su celda en la catedral, Frollo ha visto la belleza de Esmeralda, que lo ha deslumbrado. Sentirse rechazado por la muchacha será para él una auténtica tortura. Su situación personal llega a ser lamentable y esa desesperación a la que ha llegado lo conduce a provocar la pérdida del ser que lo ha cautivado.

La falta del abad Mouret, novela de Zola publicada en 1875 presenta a un religioso gravemente enfermo de depresión. Esta circunstancia, unida a la amnesia, que hace que olvide su pasado como clérigo, contribuye a que se deje cuidar por Albine en un entorno bucólico que recuerda al Jardín del Edén. Serge Mouret conoce por primera vez la ternura femenina y el arrebato de la fusión amorosa bajo el árbol de la felicidad. Ahora bien, recuperada la lucidez, su relación pasajera le acarrea gravísimos problemas de conciencia.

La narrativa española de finales del siglo XIX, se recrea en la reconstrucción de tres tipos de religioso: el colérico y despechado D. Fermín de Pas, de *La Regenta*, el seminarista D. Luis de Vargas, de *Pepita Jiménez,* y el apocado sacerdote D. Julián, de *Los Pazos de Ulloa.* Los tres tienen en común su lucha interior entre los ideales y la llamada de la sangre. Los tres están en conflicto, aunque la manera de resolverlo y de vivirlo sea diferente. Para *El Magistral* dominar la voluntad de Ana Ozores es, al principio, una cuestión de orgullo personal, pero de manera progresiva los celos irán haciendo mella en su corazón, al acecho como está por descubrir quién es el preferido de *La Regenta.* De ese modo, sin confesárselo, llega al enamoramiento, a la total confusión entre lo que quiere y lo que ya posee, que no es otra cosa que la total obediencia por parte de su hija espiritual. Las pala-

5. Cf. V. Hugo, *Notre Dame de Paris,* Barcelona, Carroggio de Ediciones, 1978, p. 376.

bras del autor son suficientes para explicar la conmoción que embarga al personaje: «Él no se explicaba qué era aquello. No sospechaba que en el mundo, en el pícaro mundo, se podía gozar así. A los treinta y seis años, cuando él creía que ya nadie podía enseñarle nada, una señora inocente, joven, sin mundo, venía a mostrarle un universo nuevo, donde sin más que una sonrisita, una palabra, que era como la letra de una música que había en el modo de decirla, se veía uno de repente entre los ángeles, gozando como en el Paraíso, sin querer nada más, sin pensar en nada más»[6].

En pocas obras literarias se aprecia tanto como en ésta la estrecha relación entre el erotismo y la mística. Es esa ambigüedad la que conduce a Ana Ozores a no saber distinguir claramente sus perfiles. Cuando, una y otra vez, teme caer en el adulterio, el Magistral estimula su sentido del pecado y su temor de desagradar a Dios. La lectura de Santa Teresa le hace entrever un amor elevado, místico que se sitúa muy por encima de la pasión que ella siente y que le parece mezquina: «El pensamiento de Dios fue entonces como una brasa metida en el corazón; todo ardió allí dentro en piedad; y Ana, con irresistible ímpetu de fe ostensible, viva, material, fortísima, se puso de rodillas sobre el lecho, toda blanca; y ciega por el llanto, las manos juntas temblando sobre la cabeza, balbuciente, exclamó con voz de niña enferma y amorosa: ¡Padre mío, Padre mío!. ¡Señor, Señor!. ¡Dios de mi alma! Sintió escalofríos y ondas de mareo que subían al cerebro; se apoyó en el frío estuco, y cayó sin sentido sobre la colcha de damasco rojo»[7].

Sólo por un momento abomina Ana de su tendencia a la mística, y es cuando en la procesión del Viernes Santo desfila como penitente, con los pies desnudos, y se siente señalada y criticada por todos cuantos la observan: «Allí iba la Regenta..., un paso más adelante, a los pies de la Virgen enlutada, detrás de la urna de Jesús muerto... Sus ojos no veían. A cada paso creía caer sin sentido. Sentía en los pies, que pisaban las piedras y el lodo, un calor doloroso; cuidaba de que no asomasen debajo de la túnica morada; pero a veces se veían. Aquellos pies desnudos eran para ella la desnudez de todo el cuerpo y de toda el alma. ¡Ella era una loca que había caído en una especie de prostitución singular; no sabía porqué, pero pensaba que después de aquel paseo a la vergüenza ya no había honor en su casa. Allí iba la tonta, la literata, Jorge Sandio, la mística, la fatua, la loca sin vergüenza. Ni un solo pensamiento de piedad vino en su ayuda en todo el camino»[8].

---

6. Cf. L. Alas, “Clarín”, *La Regenta,* Madrid, Alianza Editorial, 1975, p. 461.
7. Cf. L. Alas, op. cit., pp. 397-398.
8. Idem, p. 558.

Los sentimientos de culpa que la invaden ante su inclinación por Mesía, la necesidad de amor que no puede colmar el viejo marido, han sido estudiados a partir de Freud en clave psicoanalítica. Actualmente, los sexólogos reconocen que «las transgresiones de la necesidad orgasmática de placer sexual alteran siempre la normalidad física y psíquica, siendo más frecuente observar... más daños por contención que por exceso»[9].

Pepita Jiménez, publicada en 1874, es considerada como la obra maestra de Juan Valera. La novela plantea la lucha entre el amor místico y el profano a través de su protagonista, don Luis de Vargas. La lucha interior del seminarista pone de relieve la enorme contradicción que siente el religioso entre lo que considera vida espiritual, sin mácula, y los requerimientos mundanos. A menudo, parece que la vocación de don Luis se impone, incluso cuando se percata de que no puede borrar de su mente la imagen de la mujer amada. Se le ocurre entonces que puede entablar una relación en la que todo elemento carnal esté ausente, y así se lo dice y propone a Pepita, que no quiere aceptar bajo ningún concepto semejante despropósito: «¿Por qué no nos amamos, -le dice-, sin vergüenza y sin pecado y sin mancha? Dios, con el fuego refulgente de su amor, penetra las almas santas y las llena de tal arte que, así como un metal que sale de la fragua sin dejar de ser metal reluce y deslumbra, y es todo fuego, así las almas se hinchan de Dios... Subamos, juntos en espíritu, esta mística y difícil escala; asciendan a la par nuestras almas a esta bienaventuranza que aún en la vida mortal es posible»[10].

Todo el dilema moral de don Luis, todas sus dudas se desvanecen cuando, siguiendo a Pepita, se adentra en sus habitaciones. El seminarista ve por fin claro en su interior y comprende que su carrera eclesiástica se basaba en gran parte en el deseo de destacar. En cuanto a Pepita, es de las pocas mujeres que, relacionándose con religiosos, llega a buen puerto. Cierto es que aquí el protagonista todavía no ha hecho sus votos y libremente puede reorientar su vida.

Los Pazos de Ulloa, novela publicada en 1886, presenta un realismo costumbrista y un mundo decadente llamado a desaparecer, el de los caciques rurales. Sólo un personaje escapa a ese ambiente, el del cura joven don Julián, que ha sido enviado a los Pazos para servir de administrador al marqués. Recién ordenado, Julián aporta sus ideales de amor al prójimo,

---

9. Cf. E. Soriano, *El donjuanismo femenino*, Barcelona, Ed. Península, 2000, pp. 209-210.
10. Cf. J. Valera, *Pepita Jiménez*, Buenos Aires, Ed. Losada, 1976, p. 81.

pero su carácter es tímido, aunque a veces sus reacciones sean coléricas, como suele suceder en los que callan demasiado y, en un momento dado, no pueden reprimirse por más tiempo. Pronto Julián se sentirá atraído por Nucha, la esposa del marqués, que dará a este último descendencia, pero no la esperada. En vez de un hijo, será una niña. Esta circunstancia, unida a que Nucha es una mujer débil que no puede satisfacerlo, provocará que don Pedro, el marqués, vuelva con Sabel, su anterior amante, mientras Julián contempla la situación compadeciendo a Nucha sin saber si lo que lo guía es la caridad o el amor.

Ante la insostenible situación matrimonial de Nucha, Julián y ella deciden finalmente huir de los Pazos, plan de fuga que se ve abortado. Ambos son acusados por don Pedro de mantener una relación sacrílega que nunca había existido. Perseguido por la calumnia, Julián será desterrado a una recóndita y alejada parroquia. Diez años después de la muerte de Nucha, vuelve a los Pazos de Ulloa. El sacerdote quiere ver su tumba y su reacción denota la intensidad de sus sentimientos largamente reprimidos: «Allí estaba, sola, abandonada, vendida, ultrajada, calumniada... Pensando en esto, la oración se interrumpió en labios de Julián, la corriente del existir retrocedió diez años, y en un transporte de los que en él eran poco frecuente, pero súbitos e irresistibles, cayó de hinojos, abrió los brazos, besó ardientemente la pared del nicho, sollozando como un niño o mujer, frotando las mejillas contra la fría superficie; clavando las uñas en la cal, hasta arrancarla...»[11]. Triste final para un amor oculto, vivido siempre en soledad y sin posibilidad alguna de manifestarse. Triste también el final de Nucha, que se ve perseguida por una calumnia inmerecida, pero con visos de poder ser creída, víctima en todo caso de la proximidad que ha mantenido con el sacerdote.

Ya en pleno siglo XX, una pequeña novela de Unamuno insiste en similar problemática. Se trata de *Una historia de amor*, publicada en 1919. El relato recrea la vida de Liduvina que, encerrada en su casa, sólo tiene como refugio su amor por Ricardo. Pero éste ha planeado en solitario su propio futuro: quiere hacerse sacerdote y destacar en ese puesto. Buscando un pretexto para abandonarla, imagina que la muchacha se negará a fugarse con él sin previo enlace matrimonial. Pero ella, presintiendo su treta, accede a lo que le propone. Ese viaje a ninguna parte, en el que cada uno se encierra en sus propios intereses, pronto termina. El consiguiente escándalo y su vuelta al hogar permiten que Ricardo se sienta liberado y pueda seguir su carrera eclesiástica. A Liduvina sólo le quedará el refugio de un convento.

---

11. Cf. E. Pardo Bazán, *Los Pazos de Ulloa*, Barcelona, Ed. Bruguera, 1974, p. 333.

Fray Ricardo destaca como orador, como predicador. Eso será lo que vuelva a acercarlo a su antigua novia y lo que al final provoque su desmoronamiento interior. Invitado al convento donde ella ha ido a enterrarse en vida, espera ansioso el momento de pronunciar su sermón. No la ha olvidado y confía en su dotes, en su hábil manejo de las palabras, para decirle, sin que nadie más lo advierta, lo que encierra su corazón. Pero ya desde el primer momento los nervios comienzan a traicionarlo. El sudor corre por su frente, sus miradas buscan sin quererlo la reja del coro. Ese malestar se hará patente. Los fieles, atónitos, le escuchan hablar de amor. No sólo del divino, sino también del humano. Muy tarde ya para arrepentirse, Fray Ricardo confiesa que ese sentimiento lo persigue y lo domina. Y pide perdón a esa mujer que sólo su egoísmo y su ambición han condenado a la soledad más absoluta: «Fray Ricardo se trasmudó primero como la blanca cera de los cirios del altar. Después se le encendió el rostro como el de sus llamas; miró al vacío, dobló la cabeza sobre el pecho, se cubrió los ojos con las manos, que apenas asomaban temblorosas de sus aladas mangas blancas, y estalló a llorar entre sollozos comprimidos que se fundieron con los que del velado coro salían»[12]. Trágica escena final que sólo reafirma la imposibilidad de un amor humano condenado a no poder realizarse. Y trágicas también las consecuencias de unos votos pronunciados de forma precipitada y por motivos que poco tienen que ver con una vocación profunda y sopesada.

La novelita de Unamuno, más allá de las apariencias, es un revulsivo, ya que sitúa el amor humano por encima del divino y le confiere una fuerza que sobrepasa con creces todo intento de encontrar en la mística un paliativo a la soledad o a la insatisfacción. Podría considerarse, por consiguiente, como sacrílega, ya que pone en evidencia la inoperancia de lo espiritual e insiste en la intrínseca unión de la carne con las emociones. Los sollozos de ambos amantes les unen mucho más en la desgracia que la cohabitación carnal cuando, en el pasado, fue posible.

Antonio Gala será otro escritor que, ya en nuestros días, se interese por la misma problemática. Su novela *Las afueras de Dios* va a hablarnos de manera elocuente de la represión moral y de las consecuencias psíquicas que acarrea. En este caso, no obstante, el protagonista no es el varón, sino la mujer. Clara Ribalta, durante veinticinco años, será la hermana Nazaret en un asilo de ancianos. La obra comienza cuando Clara cumple cuarenta años. Su fuerte vocación religiosa se ve alterada por la llegada de un extraño, un aparejador encargado de supervisar las obras que se están llevado a cabo

12. Cf. M. de Unamuno, *San Manuel Bueno Mártir y tres historias más*, Madrid, Ed. Espasa-Calpe, 1976, p. 159.

en el edificio, un tal Diego Bastida. Desde el primer encuentro con él, Clara se siente conmocionada y, a medida que las conversaciones entre ambos van en aumento, se da cuenta de que en su interior los instintos se agitan. Por primera vez, la hermana Nazaret no sabe controlar lo que le sucede y el autor nos advierte de que «le llegaba desde dentro, desde abajo, una suerte de rugido de mujer montaraz y primitiva que era ella misma... Se izaba un latido inmenso dentro de ella, conturbador e irresistible»[13].

El roce de las manos, primero casual, luego premeditado, hace que la lucha entre la castidad y la pasión vaya en aumento. El capellán con el que se confiesa Clara resume de manera rotunda el gran problema que arrastra la moral sexual en Occidente. Le dice: «Me temo que su educación al respecto se haya basado en una ética rigorista de ignorancia y silencio. Y más en un ambiente como el nuestro... Al sexo lo tenemos, en general, como un monstruo, un monstruo despreciable. ¿ Y qué se ha conseguido? Convertirlo en el gran protagonista»[14]. Pero no se detiene ahí. Insiste en sus reflexiones ante la encolerizada madre superiora: «El erotismo como impulso vital, -dice-, aparece en todas las religiones..., desde los templos hindúes al *Cantar de los Cantares*. Pero el cristianismo, saliéndose de los evangelios, se caracterizó por la normativa escrupulosa de las conductas privadas. Destronó a la carne enemiga del alma, y al deleite, como a un pariente loco, se le relegó a sótanos siniestros... Así se fundó el dualismo maniqueo que nos enfrenta: separar el amor del erotismo, contradiciendo la moral tradicional, fue un error que condujo a lo contrario de lo que se pretendía: separar el erotismo del amor»[15].

Ante tantas dudas como la asaltan, ante tantas zozobras interiores, la hermana Nazaret pide el traslado y se va sin despedirse de Diego. No sabe ni espera que éste, ya viudo, irá a visitarla, no imagina siquiera que el amor terminará por vencer en esta dura batalla.

Llegados a este punto, podemos afirmar que la revolución sexual que se ha producido en los últimos años constituye de algún modo un revulsivo y una consecuencia del estado de represión que se ha venido arrastrando durante siglos. El sexo pertenece al ámbito de las vivencias más íntimas y más delicadas, hasta el punto de que podríamos afirmar que constituye un tabú sociológico. De ese modo se entiende que los dirigentes que ostentan el poder -y no podemos olvidar que la Iglesia en Occidente campó por sus fueros durante siglos- traten de controlar a sus subordinados a través del

13. Cf. A. Gala, *Las afueras de Dios*, Barcelona, Ed. Planeta, 1999, p. 107.
14. Idem, p. 148.
15. Cf. A. Gala, op.cit., p. 158.

control de la intimidad, ya sea por medio de la represión o del sentimiento de culpa, más sibilino, pero generador de mayor sometimiento.

Reducir el sexo al ámbito de lo instintivo ha sido también erróneo, porque en la especie humana se sitúa no sólo en el terreno de la biología, sino también en el contexto de la comunicación interpersonal. La sexualidad se relaciona con todas las facetas de la vida, tanto personales como sociales. Vistas así las cosas, implica alteridad y complementariedad. La sociedad contemporánea ha admitido su importancia y se ha basado en gran medida en los avances hechos por el psicoanálisis. Lo que ha cambiado ha sido la valoración que científicos y pensadores primero, luego en general, se ha hecho del erotismo. Contrariamente a lo que sucedía en épocas anteriores, se considera hoy que abarca valores tales como la gratificación e incluso la comunicación, sin pasar por alto su innegable dimensión lúdica.

El drama de los religiosos, que hemos descrito en páginas precedentes, sigue dándose en la actualidad, porque las normas internas para ellos no han variado. Ahora bien, el modelo de castidad y de represión al que están sometidos ha sido superado con creces por los laicos, que ven con horror cualquier mutilación emocional de la persona y consideran contra natura la norma que obliga a la continencia. Poco a poco, los civiles se han ido alejando de las propuestas morales de una religión que les obligaba a imitar el modelo impuesto a sus sacerdotes y han comprendido la importancia que tiene el erotismo para el desarrollo armónico de cuerpo y alma y el pleno disfrute de una vida en la que el sexo no esté señalado con la impronta del pecado, sino con la de la casi absoluta libertad de actuación.

Se ha comprendido al fin, en nuestros días, que sexo y amor no son necesariamente las dos caras de una sola moneda, aunque es deseable y bueno que los sentimientos conduzcan al erotismo, del mismo modo que resulta irrisorio pensar en la actualidad en un amor despojado de toda intimidad y cercenado así, de manera arbitraria y poco razonable, de una de sus bases fundamentales e ineludibles. La moral sexual ha cambiado, pero no hemos de olvidar que la literatura nos recuerda cuál ha sido nuestro pasado más inmediato y nos dice a un tiempo que muchos seres humanos siguen padeciendo el azote de unas directrices que, por inhumanas, los conducen a no pocos problemas mentales e incluso físicos.

Mª del Carmen Fernández Díaz
Universidad de Santiago de Compostela